

Queridos hermanos y hermanas en Cristo.

Continuamos caminando hacia adelante en fe, esperanza y caridad mutua en estos momentos de crisis que afectan a todos los que caminan por la faz de la Tierra. Justamente cuando nos hemos dado cuenta de que hemos vivido un tiempo de oscuridad para todos, hemos podido comprender las experiencias de luz que nos han sido concedidas, experiencias que son de una gran riqueza. El prólogo del Evangelio de San Juan expresa esto de forma muy profunda cuando describe la venida de Cristo a este mundo trayendo vida en abundancia: Y la luz brilla en la tiniebla, y la tiniebla no lo recibió (Jn 1,5). A pesar de ello, la gracia de la Resurrección de Cristo continúa desplegándose ante nosotros, incluso en medio de los desastres que nos acaecen. Esta inmensa gracia de la Resurrección de Cristo, de la que san Pablo habla en su carta a los Efesios, llena todo el mundo y trae consigo a un tiempo sanación y renovación a nuestros corazones: Dios, rico en misericordia, por el gran amor con que nos amó, nos ha resucitado con Cristo [...] y nos ha sentado con él en los cielos (Ef 2, 4.6). Esta es la esperanza que nos da fuerza y ánimo en el tiempo de incertidumbre, misterioso y desafortunado, que estamos viviendo. Somos obra de Dios, unidos con Cristo en la gloria, y su gracia y cuidado nos acompañan. (...)

Muchos me han hecho la siguiente pregunta en los últimos meses. P. Abad Primado, ¿cómo va a ser la vida en el futuro, cuando haya pasado la pandemia? He rezado y reflexionado mucho sobre esta cuestión tan relevante, y siempre me ha venido a la cabeza un pasaje del Evangelio de Marcos (8,23-26). Una lectura inicial del texto ya nos sugiere que es una historia interesante, pero cuando la vemos en contexto, vemos que tiene un mensaje espiritual de gran profundidad. En el relato, hay un ciego en Betsaida, a quien los discípulos llevan delante de Jesús pidiéndole que lo toque para restaurarle la visión. Al principio Jesús toma al ciego y lo lleva a un lugar apartado, fuera de la ciudad. Allí pone su saliva sobre los ojos del ciego y le pregunta si es capaz de ver algo. El hombre mira alrededor, incapaz de ver con claridad y comenta que ve a las personas como árboles que se mueven. Entonces, Jesús pone sus manos en los ojos del ciego y se produce la curación. Jesús le dice que no entre de nuevo en el pueblo para que la curación no sea conocida por otros.

Pero es en el fragmento siguiente donde comprendemos esta historia desde una nueva luz. Jesús pregunta a sus discípulos: ¿quién dice la gente que soy yo? Ellos mencionan a Elías, a Juan el Bautista y a los profetas. Jesús entonces pasa al plano personal: y vosotros, ¿quién decís que soy yo? Pedro contesta audazmente que él es el Mesías. Pero Jesús le responde que debe sufrir mucho, ser rechazado por los líderes del pueblo, morir y resucitar al tercer día. Pedro rechaza a Jesús con vehemencia ante estas afirmaciones, para ser a su vez rechazado por el mismo Jesús por su pensar según Satán, no según Dios.

Pedro se ha convertido así en un hombre como el ciego de Betsaida, que sólo veía parcialmente al principio. Pedro llamó con acierto a Jesús Mesías, pero ese no es un retrato completo de la persona de Jesús. Pedro mismo estaba medio ciego, incapaz de ver la forma en que Jesús iba a revelar el plan de Dios. Jesús no iba a ser sólo un Mesías glorioso, sino más bien un Mesías sufriente que, a través de su sufrimiento y agonía cumpliría el plan de Dios, plan misterioso y al mismo tiempo lleno de amor: nuestra redención del pecado y de la muerte. Experimentando el misterio pascual en su plenitud, Jesús se ha convertido en Redentor y Salvador nuestro. Y sin embargo en todo el Evangelio los seguidores de Jesús son lentos para entender, para creer y para apreciar lo que Jesús enseña y lo que ellos están experimentando. El progresivo desarrollo del plan de Dios les fue permitiendo poco a poco ver y comprender de acuerdo con el nivel de su fe. Sólo con el tiempo, con la reflexión orante y una mirada más profunda a los caminos de Dios, los discípulos serán capaces de entender y creer. Es el caso de los discípulos que se encontraron con Jesús camino de Emaús.

Así, a la pregunta “¿Cómo será la vida en el futuro, una vez pasada la pandemia?” creo que hay que contestar que somos como el ciego de Betsaida y el apóstol Pedro. Mientras vivimos la pandemia no somos capaces todavía de entender, de apreciar con sabiduría espiritual y de conocer las implicaciones de lo que sucede y seguirá sucediendo en los próximos meses. Pero al mismo tiempo, aunque estamos en medio de todo esto, podemos ya apreciar que la vida va a ser distinta en muchos niveles. Eso sí que podemos verlo ya con un alto grado de certeza y racionalidad.

Asimismo, creo que es importante hacer notar que en estos momentos estamos construyendo justamente el modo de vida del futuro y estamos tomando ya las decisiones que lo van a marcar. Justamente nuestra oración y la reflexión sobre la vida en este nuevo contexto nos ha permitido mantener viva nuestra vocación y nuestro carisma benedictino. Adicionalmente hemos visto también cómo servimos a los demás: nuestra oración en común ha sido ajustada para garantizar la seguridad de todos, lo que ha requerido creatividad tanto para nosotros como para los que rezan con nosotros. Hemos abierto nuestras capillas e iglesias a la retransmisión online para oblatos y amigos, que nos han animado a continuar con estas formas de comunicación. La hospitalidad benedictina, aunque se ha limitado en lo que es acogida de huéspedes, se ha visto ampliada a otras formas: teléfono, internet y hasta videollamadas. Así se ha comprobado que hay muchas formas de acoger al otro como a Cristo mismo, ofreciéndoles consuelo, ayuda y paz.

Por otro lado, la reducción en los ingresos de las comunidades nos ha llevado a volver a la madre Tierra para que nos ayude a sostenernos con fruta y verduras gracias a los jardines y huertas monásticas. Me ha gustado mucho leer las historias de diversos monasterios que han compartido los productos de su huerta con los más necesitados. Cuando hacemos esto, llevamos a cumplimiento el mandato evangélico del capítulo 25 de San Mateo: estuve hambriento y me distéis de comer. Nuestra pobreza y reducción de ingresos nos acerca a los más necesitados del planeta. Sólo pasado un cierto tiempo veremos cómo será la vida tras la pandemia, en la “nueva normalidad”.

¿Cómo vamos a olvidar las escenas impresionantes del Papa Francisco en su bendición Urbi et Orbi a principios de la pandemia? En un contexto de oscuridad, su figura blanca subiendo los peldaños de San Pedro bajo la lluvia supuso un fuerte contraste de luz. En un mundo que parece envuelto en la oscuridad de un invisible pero poderoso enemigo, el Papa Francisco nos habló de la luz que acompaña la esperanza, esperanza en el amor de Dios y en su providencia, esperanza en Dios en medio de la fragilidad y vulnerabilidad de nuestras vidas.

¡Cuántas veces escuchamos en la liturgia la palabra esperanza! La escuchamos en la misa, en los salmos, en la liturgia de las horas. La esperanza va más allá del optimismo humano y nos coloca en un sendero con Dios como guía, pastor y fuerza. Entre los símbolos cristianos, la esperanza se suele identificar como un ancla, como aparece en la carta a los Hebreos: aferrándonos a la esperanza que tenemos delante. La cual es para nosotros como ancla del alma, segura y firme (Heb 6, 19-20). El autor sagrado nos dice que nuestra esperanza debe ser cierta, fiel, constante y segura. Somos capaces de mirar más allá del momento presente, por difícil que sea, con la esperanza de que Dios camina con nosotros mientras va iluminando el desarrollo de su plan de salvación y amor para con nosotros. En estos tiempos difíciles Dios nos está llamando más cerca de sí, permitiéndonos que nuestra esperanza cobre fuerza y entidad en nuestra oración, en nuestros pensamientos y en nuestras acciones.

Recuerdo una escena dramática en el libro de Isaías que verdaderamente es una de las cumbres de este libro. Se trata del capítulo 60, que leemos en la solemnidad de la Epifanía. La escena se centra en Jerusalén, postrada en el suelo y envuelta en tinieblas, sola y abandonada. Pero el texto anuncia: ¡Levántate y resplandece, | porque llega tu luz; | la gloria del Señor amanece sobre ti! Las tinieblas cubren la tierra, | la oscuridad los pueblos, | pero sobre ti amanecerá el Señor | y su gloria se verá sobre ti. Caminarán los pueblos a tu luz, | los reyes al resplandor de tu aurora (Is 60, 1-3). Había sido el momento más oscuro de la historia de Israel: exiliado, repatriado y abandonado en la reconstrucción de una nación diezmada por enemigos extranjeros. Jerusalén se sentía pequeña y

frágil, pero esta visión de esperanza que Dios le dio por boca del profeta le mostró cómo en la oscuridad la luz brilló sobre Jerusalén, atrayendo a ella a las naciones, que acuden con regalos para restaurar la tierra y el pueblo de Dios. Muchas de las imágenes tan oscuras de este pasaje nos interpelan en nuestra situación y sus desafíos. Este fragmento de la palabra de Dios nos llama a esperar, a poner la confianza en el Dios vivo, el que insufla nueva vida a su pueblo. Tenemos que abrirnos a lo que esa nueva vida pueda significar para nosotros. No podemos esperar una vuelta al pasado tal y como lo conocemos. Más bien hemos de esperar y ver a Dios actuando para atraernos hacia sí, sabiendo que la voluntad de Dios siempre camina hacia nuestro bien. Dios nunca está lejos de nosotros, pero hemos de responder con una esperanza viva, fe y caridad ante la invitación divina de una nueva vida en abundancia.

Pensemos también en aquellos pasajes de la Escritura que nos siguen llamando a mantener nuestra mirada fija en la luz, la primera de las criaturas de Dios, como dice el libro del Génesis: Y dijo Dios, hágase la luz, y la luz se hizo. Y Dios separó la luz de las tinieblas (Gn 1, 3-4). El salmista también afirma su esperanza y la nuestra en la providencia divina al escribir: El Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré? | el Señor es el baluarte de mi vida, ¿quién me hará temblar? (Sal 27,1). Lo mismo afirma el salmista en otro pasaje que nos invita a fijar los ojos en bondad divina en nuestro camino: en ti está la fuente viva, y tu luz nos hace ver la luz” (Sal 36, 10). De la misma forma, en algunos de los momentos más santos del año litúrgico somos invitados de nuevo a contemplar la imagen de la luz como signo de la divina presencia entre nosotros. En la misa de medianoche el día de Navidad escuchamos la voz de Isaías: el pueblo que caminaba en tinieblas ha visto una gran luz (Is 9, 1). La Iglesia ha visto en este versículo una profecía de la venida de Cristo, por lo que en la Vigilia Pascual, cuando entramos en la iglesia cantamos Lumen Christi! Deo Gratias! Así, al entrar Jesús en la oscuridad de la sepultura y de la muerte, rompió los grilletes de la oscuridad, del caos y del pecado, sacándonos a la luz de una nueva vida, asegurándonos que la palabra definitiva de Dios no es muerte y oscuridad, sino luz, vida e inmortalidad.

Los ejemplos de la Escritura y de la oración litúrgica podrían multiplicarse hasta el infinito, y nos sirven para que seamos conscientes de esta importante imagen y de su riqueza en la tradición cristiana y en nuestras vidas tanto comunitarias como individuales. Que todo el mundo pueda ver cómo los benedictinos y benedictinas somos hombres y mujeres de luz, de esperanza, de confianza en la providencia de Dios. Que podamos esperar con alegre esperanza (Tit, 2, 13) la revelación por parte de Dios del significado del presente sufrimiento provocado por la pandemia y su dimensión redentora para nosotros si somos capaces de aceptar sus consecuencias como un modo de aprender y ser orientados en la fe. Juntos caminamos en un santo peregrinar en medio de este desastre natural que nos ha acaecido. Tras las tinieblas, veremos la luz del amor de Dios y entenderemos que el peregrinar ha sido un camino hacia la gloria eterna. No antepongamos nada a Cristo, y Él nos llevará juntos a la vida eterna (RB 72, 11-12).

En Cristo, nuestra luz y nuestra esperanza

Abad Primado Gregory J. Polan, OSB